

de hacerla casi insignificante. Sobre un solo punto el lenguaje de Nesselrode seguía siendo amargo y conminatorio. Señalaba en términos casi violentos la actitud de Francia, que «en Oriente presentaba sus reclamaciones al pie del cañón y que en el debate de los Santos Lugares había hecho presión sobre la Puerta para obtener la anulación de las promesas hechas al zar (1).» Hasta esta malevolencia era calculada. No pudiendo atraer á Inglaterra, se quería al menos tenerla alejada de nosotros, separar sus intereses de los nuestros, y se estimaba que, aunque no se obtuviese más que este resultado, el trabajo de Rusia no resultaría inútil.

Toda aquella negociación había de sustraerse á la publicidad. En París no fué conocida. A lo sumo se pudieron adivinar vagamente las malévolas ideas del zar. En aquel entonces Napoleón dijo á lord Malmesbury durante una entrevista en que éste le ponderaba la lealtad de Nicolás: «¡Oh!, es más prudente que leal (2).» El silencio hubiera cubierto largo tiempo aquella intriga. Pero, un año después, á consecuencia de un violento artículo del *Diario de San Petersburgo*, el gabinete de Saint-James se creyó desligado del secreto y consignó en sus *Papeles parlamentarios* el curioso episodio que acabamos de referir. Bien que el secreto era ya inútil, puesto que un acto de los más audaces de Nicolás mostró por aquella época al mundo asombrado cuáles eran sus verdaderas intenciones y hasta dónde se proponía llevar su fortuna.

### III

En 23 de febrero el Sr. de Ozerof, ministro de Rusia cerca de la Puerta Otomana, anunció á sus colegas del cuerpo diplomático la próxima llegada á Constantinopla de un enviado extraordinario del zar. Esta comunicación causó cierta sorpresa, y el asombro aumentó cuando se supo el nombre del embajador. Era éste el príncipe Menschikof, almirante, Alteza Serenísima, ministro de Marina, gobernador general de la Finlandia, el igual de los Voronzof, de los Orlof, de los Paskewitch y de los Nesselrode. ¿Qué interés había tan grave que necesitase semejante plenipotenciario? Los ministros de la Puerta nada sabían. El Sr. de Ozerof, tan ignorante sin duda como los demás, guardaba silencio. El día 24 el correo de Odesa desembarcó al coronel Kohlkof, ayudante del príncipe, encargado de preparar la recepción de su jefe. Esta recepción había de ser solemne: el gobierno turco había recibido aviso oficial á fin de que no se omitiese ningún detalle del ceremonial de costumbre. Durante los días siguientes circuló el rumor de que Menschikof, más soldado y marino que negociador, había pasado revista á la flota del mar Negro y visitado en sus acantonamientos un cuerpo de ejército concentrado en la frontera de la Besarabia. Tales noticias cambiaron la curiosidad en aprensiones. Mientras tanto, se hacían inusitados preparativos en el palacio de la embajada rusa, y notábase entre los griegos, tan numerosos en Constantinopla, una agitación poco común.

En 1.º de marzo el buque que conducía á Menschikof apareció en aguas del Bósforo. Era un embajador

(1) *Eastern Papers*, parte V, pág. 14.

(2) Malmesbury, *Memoirs of an ex-minister*, tomo I, página 391.

extraordinario, según afirmación de Ozerof, y, efectivamente, fué extraordinario bajo todos conceptos.

Acompañaban al príncipe una infinidad de funcionarios, generales y oficiales de toda graduación. En medio de aquella muchedumbre galoneada se distinguían el príncipe Galitzin, ayudante del emperador, el conde Dimitri de Nesselrode, hijo del canciller, y otros personajes no menos encumbrados. No se presentaba Menschikof como diplomático pacífico que venía á tratar de igual á igual con una potencia amiga, sino de un virrey que iba á recibir en nombre de su soberano el homenaje de un Estado vasallo. Todo contribuía á la ilusión, hasta los griegos que, en número de siete ú ocho mil, rodeaban el buque prorrumpiendo á cada instante en ruidosas aclamaciones. Otro barco había de llegar dentro de un par de horas conduciendo al vicealmirante Khornilof, mayor general de la flota del mar del Norte, y al general Nikapotchinski, jefe de Estado mayor del ejército de Besarabia. ¿Qué significaba aquel congreso de militares en la capital de Turquía? Al mismo tiempo se anunciaba que en el Sur de Rusia se ponían dos cuerpos de ejército en pie de guerra, y que en los Principados danubianos varios comerciantes moscovitas preparaban grandes abastecimientos.

El 2 de marzo era el día fijado para las presentaciones oficiales. Menschikof salió del hotel de la embajada para ir á la Sublime Puerta. Contra la costumbre, iba en traje de calle, y semejante desprecio de la etiqueta sorprendió á los turcos. Mas pronto tuvieron otro motivo más serio de inquietud. La tradición quería que los nuevos diplomáticos hiciesen dos visitas: la primera al gran visir, y la segunda al ministro de Negocios extranjeros. Este era Fuad-Effendi, á quien Rusia acusaba de parcialidad por la Francia en la cuestión de los Santos Lugares. El príncipe fué desde luego á casa del gran visir. Al salir de allí, el introductor de embajadores le invitó á entrar en el Ministerio de Negocios extranjeros, que estaba al lado, y donde se habían hecho grandes preparativos para recibir al plenipotenciario ruso. Las puertas estaban abiertas de par en par; había un doble cordón de guardias hasta la entrada de los salones de recepción; una multitud de turcos y griegos se hallaba aglomerada delante del palacio, de modo que nada podía pasar inadvertido. Sordo al consejo que se le daba, Menschikof pasó desdeñosamente por delante de las habitaciones de Fuad-Effendi, é importándole poco que éste le esperase en vano, regresó directamente á la embajada.

El desaire había sido premeditado. En tiempo del antiguo poderío otomano el sultán hubiera hecho meter en cualquier prisión del Estado al temerario embajador, respondiendo á semejante bravata con una declaración de guerra. Pero aquel tiempo había pasado. El espanto dominó á la cólera. Fuad-Effendi, que había tenido la desgracia de disgustar á Rusia, fué sacrificado y substituído por Rifaat-Pachá. Se dudaba que tal concesión desarmase al zar. Lo que aumentaba los apuros de la Puerta era la ausencia de sus naturales consejeros, los embajadores de Francia é Inglaterra. Sir Stratford de Redcliff estaba en uso de licencia, y el Sr. de Lacour, recién nombrado en substitución de La Valette, no había tomado aún posesión de su cargo. En su ansiedad, los ministros turcos no cesaban de interrogar

á los secretarios de las legaciones francesa é inglesa, señores Benedetti y coronel Rose, respectivamente encargados de los negocios en ausencia de sus jefes. ¿Qué pretendía Rusia? ¿Cuáles iban á ser las consecuencias de aquel *pronunciamento* diplomático? ¿Meditaba el zar algún audaz proyecto ó quería simplemente poner á

contentó con hablar así, sino que, á ruegos del gobierno otomano, envió un correo á Malta suplicando al almirante Dundas, comandante de la flota inglesa del Mediterráneo, que hiciese avanzar su escuadra hasta el Archipiélago.

Al principio de este conflicto oriental es curioso ob-



El príncipe Menschikof

prueba la tolerancia de Europa? Los representantes de ambas potencias occidentales, desconcertados por aquel suceso imprevisto, sin saber qué contestar, aconsejaban la prudencia y la calma. Benedetti enviaba á París informes inquietos. En cuanto al coronel Rose, sus temores parecían aún más vivos. «La misión del príncipe Menschikof, escribió el 7 de marzo á su gobierno, causa graves aprensiones respecto á la independencia y quizá respecto á la existencia de Turquía (1).» Y no se

(1) Despacho del coronel Rose á lord John Russell, 7 de marzo de 1853 (*Correspondence respecting the rights and privileges of the Latin and Greek churches*, parte I, pág. 86).

servar las actitudes diferentes de Francia é Inglaterra, futuras aliadas. En Constantinopla, el coronel Rose se había mostrado más alarmado que el Sr. Benedetti. En Londres y París sucedió lo contrario.

Tan pronto como en Francia se tuvo conocimiento de la misión Menschikof, se presintió la gravedad del suceso. Bajó la Bolsa. La prensa empleó un lenguaje de triste gravedad. El ministro de Negocios extranjeros protestó en el acto. «La actitud del príncipe Menschikof, escribió Drouyn de l'Huys, indica suficientemente que ha ido menos para negociar que para presentar un *ultimátum*. Las concentraciones de tropas en la Rusia



meridional y los preparativos extraordinarios que se hacen en Sebastopol no permiten dudar que el gabinete de San Petersburgo ha aceptado como posible la eventualidad de una guerra con la Puerta. El ministro recordaba luego el convenio de 15 de julio de 1841, que ponía bajo la garantía colectiva de las potencias la independencia y la integridad del Imperio turco. Y añadía con autoridad: «La misión del príncipe Menschikof, en razón de las circunstancias que la acompañan, parece apartarse completamente del espíritu de aquella importante transacción. Es de temer que el gabinete de San Petersburgo está resuelto á ejercer sobre la Puerta una presión que le hará perder, si cede á ella, el poco prestigio que le queda, y la expondrá, si trata de resistir, á incalculables peligros (1).» Así hablaba en 21 de marzo el Sr. Drouyn de l'Huys. Aquel mismo día, el Sr. de Lacour salió de París para ir á tomar posesión de la embajada de Constantinopla, y las claras instrucciones que llevaba le dictaron su conducta en previsión de todas las eventualidades. El gabinete de las Tullerías acababa de afirmar con una medida más grave su vigilancia y sus inquietudes. El 19 de marzo, después de un consejo presidido por el emperador, habíase enviado á la escuadra francesa del Mediterráneo el orden de estar dispuesta á salir. El 20 de marzo, una nota inserta en el *Monitor* anunció esta resolución al público. El 23, la escuadra salió de Tolón con rumbo hacia los mares de Grecia.

Mientras tanto, el gobierno británico seguía una conducta muy distinta. Había declinado los recientes ofrecimientos de Nicolás, pero aún resonaban en su oído las promesas del seductor. Decía que únicamente se trataba de los Santos Lugares, y que un asunto tan baladí, muy propio para impresionar á los papistas franceses, no podía turbar á la poderosa Inglaterra. Juzgó excesivas las alarmas del coronel Rose, y el almirante Dundas recibió orden de no moverse de Malta. Cuando el Sr. Walewski, nuestro representante en Londres, notificó á lord Clarendon la próxima salida de la escuadra francesa para Grecia, éste encontró la medida muy prematura, diciendo que lo único que resultaba anormal en la misión del príncipe Menschikof era el hecho de negarse á tratar con Fuad-Effendi, «incidente tan mínimo que no podía causar inquietud alguna (2).» La prensa inglesa afectó igual seguridad, acentuando su malevolencia contra el gabinete de las Tullerías. En San Petersburgo se daban las mayores seguridades de que el zar era incapaz de apoderarse por medios violentos de los despojos del Imperio otomano, y se apelaba á todos los medios para sembrar la división entre Francia é Inglaterra. Interrogado por Seymour, Nesselrode dijo que la misión Menschikof sólo estaba relacionada con la cuestión de los Santos Lugares y no podía originar realmente ningún conflicto. «Fuera de esta cuestión, ¿tenéis alguna queja contra la Puerta?, insistió Seymour.—No, replicó Nesselrode, no; apenas si tendríamos que formular algunas reclamaciones particulares.» Hablando así, ¿el canciller ruso era cómplice de

(1) Despacho del Sr. Drouyn de l'Huys al Sr. de Castelbajac en San Petersburgo, 21 de marzo de 1853 (*Monitor* de 1854, página 153).

(2) Despacho de lord Clarendon á lord Cowley en París, 22 de marzo de 1853 (*Correspondence respecting*, etc., parte I, pág. 93).

Nicolás, ó ignoraba las intenciones de su señor? Ciertas revelaciones autorizan á creer que el zar únicamente había confiado á Menschikof sus instrucciones y el secreto de sus designios (3). Nesselrode no se limitaba á hablar así á Seymour. En un solemne despacho al barón Brunnow, ministro del zar en Londres, procuró disipar todos los temores, repudiando en nombre del emperador toda mira ambiciosa. Sólo se trataba de conciliar equitativamente los firmanes en favor de los latinos con los firmanes en favor de los griegos. Nesselrode hablaba en términos corteses, hasta de Francia, aunque afirmaba con cierta perfidia que «las concesiones no harían más que aumentar sus exigencias.» El canciller añadía que su amo el emperador estaba infinitamente agradecido á lord Aberdeen y á lord Clarendon por no haber seguido el ejemplo del gabinete de las Tullerías y por haber retenido la flota en Malta (4). Raramente Inglaterra se deja engañar; pero cuando esto sucede, resulta engañada del todo. Este lenguaje amistoso tranquilizó completamente á lord Clarendon, quien atribuyó á la inexperiencia de Napoleón III y de sus ministros las inquietudes que reinaban en París (5).

A pesar de tantas seguridades, el gobierno inglés había tomado una medida de prudencia; había dado á sir Stratford de Redcliffe, su embajador cerca de la Puerta, la orden de regresar á Constantinopla. Este, en efecto, había marchado en seguida por la vía de Viena; acababa de llegar á orillas del Bósforo, y á él correspondía comunicar finalmente la verdad á su país.

## IV

¿Quién era este Stratford de Redcliffe cuya voz había de ser tan preponderante en la campaña diplomática que se abría?

En la galería contemporánea de los hombres de Estado ingleses, esta fisonomía se destaca con un relieve tan marcado que atraería las miradas más distraídas. Lord Stratford de Redcliffe era uno de los últimos y quizá el más notable y original de los representantes de la vieja escuela diplomática que ha ido desapareciendo en nuestros días. Siendo aún muy joven, en 1808, fué destinado á Oriente, y no volvió nunca de allí sino para marchar otra vez al poco tiempo. Cuarenta años de residencia en Levante y Constantinopla le iniciaron en las costumbres de aquellas regiones misteriosas en que la publicidad no existe, en que la intriga lo dirige todo y que se abren poco al simple turista ó al diplomático de paso. Los ingleses tienen muchos defectos y algu-

(3) Véase *Alexandra Fedorowna, Kaiserin von Russland*, von Th. von Grimm, tomo II, pág. 294. El Sr. Th. de Grimm afirma que en ninguno de los círculos políticos de San Petersburgo se supo el objeto de la misión de Menschikof. Cuando se le interrogaba sobre el objeto de su embajada, el príncipe se limitaba á contestar con algunas chanzas. «Voy á negociar, decía, el casamiento de la hija del sultán con uno de los príncipes de Rusia.» La misma anécdota se cuenta, con una ligera variante, en un despacho del general de Castelbajac al Sr. de Thouvenel (Véase *Nicolas I et Napoleon III, d'après les papiers de M. Thouvenel*, pág. 116).

(4) Despacho de Nesselrode al barón Brunow en Londres, 7 de abril. (*Correspondence respecting*, etc., parte I, pág. 115).

(5) Greville, *Mémoires*, tomo VII, pág. 54. «*Drouyn de l'Huys is a very poor and inefficient minister*,» decía desdeñosamente lord Clarendon.

nos de éstos figuran entre los más desagradables. Stratford reunía todos los defectos de su raza, y en sus viajes no se había despojado de ninguno. En Oriente, algunos de esos defectos venían casi á ser cualidades. Su altivez y su aire desdeñoso, lejos de perjudicarle, le favorecían. Los asiáticos no suelen estimar á los hombres sino á medida de la importancia que éstos se dan. Siendo así, nadie había de ser más considerado que Stratford. En su residencia de invierno en Pera ó en su palacio de la Terapia, un embajador de Francia ó de Inglaterra es siempre un alto personaje. Stratford era mucho más que un embajador ordinario. Andando el tiempo, había venido á ser para los ministros turcos y para los sultanes mismos un consejero ó más bien un censor cuya sagacidad apreciaban tanto como temían sus iras. Mandaba con tal aplomo que á nadie se le ocurría que pudieran desobedecerle. Los embajadores de las demás potencias cambiaban á intervalos frecuentes: él les iniciaba en las cosas de Constantinopla, y sólo les enseñaba la parte de verdad que consideraba conveniente revelarles. De este modo era el jefe moral del cuerpo diplomático, y nada se hacía sin habersele consultado. Había formado á su guisa los cónsules ingleses de Levante y se esforzaba en convertirlos en otros tantos *missi dominici* que dominasen á los pachás como él dominaba á la Puerta. En Alemania y en Rusia le llamaban, no sin despecho, el sultán de Constantinopla. Esta malicia no desprovista de envidia, lejos de disgustarle, le colmaba de satisfacción, viendo en ello la prueba de los servicios que él había prestado á la Gran Bretaña. A decir verdad, era sobre todo un patriota inglés, deseoso de contribuir á la grandeza de su patria sin ser indiferente á su propia fortuna; activo, no consintiendo que nadie se entrometiese en su dominio, pero entrometiéndose fácilmente en el de los demás; celoso de sus colegas y principalmente de Francia, afectando una ruda franqueza que, en ciertas ocasiones, era atemperada por cierta suavidad; apasionado bajo una frialdad aparente; sensible á la menor ofensa y viendo en todo ultraje á su persona un ultraje á su país; descortés con los orientales, que consideraba de raza inferior; arrogante y solemne como buen aristócrata inglés. Sus amigos decían que, exceptuando á Palmerston, nadie había personificado mejor que él el genio de Inglaterra. Sus propios enemigos hacían de él los mismos elogios, añadiendo maliciosamente que tan imperioso diplomático sólo servía para tratar con turcos y que no se le debía emplear en otra cosa. Ser destinado á otra parte no le hubiera disgustado á Stratford. La Turquía no le encantaba al extremo de que no hubiese preferido alguna embajada en país más culto. Hubiera representado gustoso á Inglaterra en San Petersburgo; y como el zar hubiese dado á entender que no le era persona grata, él abrigaba una viva irritación contra el gobierno ruso. Pero siendo hombre que de todo sabía sacar partido, aquel odio, que no cuidaba de disimular, aumentaba su crédito entre los turcos. Estos comprendían que, al defenderles contra las intrusiones moscovitas, Stratford no sólo servía sus intereses, sino que satisfacía además sus propios resentimientos. Se habían acostumbrado cada vez más á no ocultarle nada. Parecía que mientras estuviese allí Stratford, ninguna catástrofe sería irreparable. En tal disposición de espíritu



Lord Stratford de Redcliffe, estatua en piedra en la abadía de Westminster (Londres)

Tal era el personaje que, en 5 de abril de 1853, llegó á Constantinopla.

Encontró agitación en la ciudad, inquietud en el cuerpo diplomático y trastorno en los consejos de la Puerta. El día 8 de marzo, el príncipe Menschikof había sido recibido en audiencia particular por el sultán: se había guardado el secreto más absoluto sobre aquella entrevista, y se temía que el miedo arrancase al soberano alguna concesión mortal para su independencia.



Lo que redoblaban las alarmas eran los informes de los comerciantes, de los viajeros y de los cónsules, que señalaban grandes armamentos en Sebastopol é importantes concentraciones de tropas en las márgenes del Pruth. Interrogado por el Sr. Benedetti y el coronel Rose sobre estos preparativos, Menschikof tan pronto los había negado como los había atribuido á motivos diversos, y con más frecuencia había alegado su ignorancia. En medio de aquellas agitaciones, un pensamiento dominaba á todos los demás: ¿Cuál era el objeto preciso de la misión Menschikof? A este parecía importarle poco la cuestión de los Santos Lugares: «No la comprendo,» había dicho desdeñosamente al Sr. Benedetti. Protestaba sus intenciones pacíficas, diciendo que era un simple negociador. Negociador, sin duda, pero ¿para qué asunto? Esto es lo que el embajador moscovita se guardaba bien de dejar adivinar. Las confidencias de los ministros turcos habían dejado penetrar parte de la verdad. El 17 de marzo, en una conferencia con Rifaat-bajá, Menschikof había hablado de ciertas garantías de independencia en provecho del patriarca griego en Constantinopla. El 22 de marzo, en una nueva entrevista con Rifaat y el gran visir, se había mostrado tan pronto altivo como afable, ponderando las ventajas de la alianza rusa y hablando vagamente de un tratado secreto que cimentase esta alianza. En una entrevista posterior, el 31 de marzo, había finalmente dejado comprender que reclamaría una disposición adicional al tratado de Kainardji, disposición que asegurase á Rusia una especie de protectorado sobre los súbditos griegos de Turquía. A los ministros otomanos Menschikof les recomendaba sobre todo el secreto, diciendo que se marcharía de Constantinopla si se traslucía el objeto de las negociaciones. Intimidados por tales amenazas, el gran visir y Rifaat sólo divulgaban á medias el misterio de aquellas conversaciones, de modo que la realidad más bien se adivinaba que se descubría.

En esto llegó Stratford. Acostumbrado á tratar con los turcos, pronto hubo confesado á Rifaat-bajá y al gran visir. Su antigua experiencia en los asuntos orientales le mostró en seguida el peligro. Inmediatamente transmitió á Londres sus perspicaces avisos. Ya no se trata de la cuestión de los Santos Lugares, decía él; ya no se trata de una querrela religiosa entre latinos y griegos, sino de un debate que interesa á Europa entera. Con la autoridad de su previsión tantas veces demostrada, el embajador repetía las mismas palabras del coronel Rose: «De lo que se trata es de la independencia y quizá de la existencia de Turquía.»

Mientras los despachos de sir Stratford llegaban al *Foreign Office* despertando allí las prudencias dormidas, el príncipe Menschikof se decidía al fin á revestir de una forma oficial sus misteriosas proposiciones. El 19 de abril, dirigió una nota á Rifaat-bajá. Después de haber enumerado algunos cargos de poca importancia relativos á los Santos Lugares, esta nota proclamaba altamente la necesidad de un *Sened* ó convenio por medio del cual el sultán se comprometiese con el zar á mantener perpetuamente todos los privilegios de los cristianos griegos en Oriente. El tono mismo de este documento revelaba su verdadero espíritu. El emperador quería «garantías sólidas para el porvenir;» las quería «formales y positivas;» y no quería sino «las que en-

contrará de hoy más en un *acta equivalente á un tratado* y al abrigo de las interpretaciones de un mandatorio imprudente y poco concienzudo.»

Este lenguaje era propio de un monarca irritado y no de un soberano amigo. La ansiedad aumentó en Constantinopla. Y el más impresionado fué Stratford. En uno de los despachos elocuentes y fogosos que solía enviar á su gobierno, describió así los próximos peligros: Lo que exigen de Turquía «no es la amputación, sino la infusión del veneno en todo su cuerpo.» ¿Resistirá? Si resiste, se expone á la guerra, á una guerra cuyo resultado no es dudoso, á menos que haya quien la apoye; después de haberla vencido, Rusia la dejará libre, pero excluirá toda otra influencia que no sea la suya, y se asegurará los medios, si no de precipitar la destrucción del Imperio Otomano, de impedir al menos que se reponga, á fin de aprovecharse de su caída cuando ésta llegue. Que Turquía cede á la amenaza. Su sumisión será apenas menos peligrosa que su resistencia. El ejercicio del protectorado sobre el clero greco-ruso ocasionará dificultades diarias. Los dignatarios de la Iglesia griega ejercen una especie de magistratura civil. Por este lado es por donde Rusia, armada de su convenio y extralimitándose en su vigilancia espiritual, extenderá su acción. O dejará subsistir los abusos de la Iglesia griega, imputándolos pérfidamente á la incuria de la Puerta, ó los corregirá haciendo derramar sobre ella los testimonios de la gratitud; en ambos casos la autoridad otomana será minada en sus cimientos. Turquía, por abatida que esté, acabará por preferir la lucha á esas humillaciones cotidianas, y tarde ó temprano la querrela concluirá con el irremediable sacrificio de la víctima. Para comprender lo extraño de las reclamaciones rusas, continuaba diciendo Stratford, que se pregunte lo que haría Europa si Francia y Austria reclamasen un derecho de protectorado sobre los católicos de Irlanda, ó si los protestantes ingleses reclamasen un derecho parecido en favor de sus correligionarios diseminados por el continente. No hay un solo cantón suizo, ni aun el más pobre y reducido de ellos, que aceptase semejante derogación de sus derechos soberanos (1).

Así hablaba el hombre que mejor había estudiado las cosas de Oriente. Pero era preciso atender á las eventualidades próximas y evitar la tormenta, si aún era posible. El nuevo embajador de Francia, Sr. de Lacour, había llegado á Constantinopla. Stratford se avisó con él y con los ministros turcos. «En las exigencias de Menschikof, dijo, hay dos objetos distintos: las reclamaciones relativas á los Santos Lugares, y el convenio ó *Sened* que pondría los derechos de los cristianos griegos bajo la garantía de Rusia. Terminad la cuestión de los Santos Lugares, terminadla en seguida, sin perder una hora. Sobre este punto, secundario después de todo, mostraos conciliantes. Zanjada esa dificultad, quedará la cuestión del tratado; en este terreno, resistid, resistid con energía, pues de ello depende la soberanía del sultán.» Los pobres turcos, trastornados en medio de tan críticas coyunturas, no deseaban más que buenos consejos; los Santos Lugares les habían ocasionado hartos disgustos para no desear verse al fin libres de

(1) Véase el texto de este despacho, *Correspondence respecting*, etcétera, parte I, página 235.

tan enojoso asunto. El único que hubiera podido suscitar alguna objeción era Lacour, y éste se guardó bien de hacerlo. La gravedad del peligro precipitó la solución. Preparáronse los firmanes, que concedían á los latinos la posesión de tres llaves en la iglesia de Belén y el derecho de oficiar en la iglesia del sepulcro de la Virgen, pero después de los griegos; mandaban que volviese á colocarse una estrella de plata en la gruta de la iglesia de Belén, pero sin que esta estrella fuese símbolo de ningún privilegio, y disponían, en fin, que la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro fuese reparada á expensas de la Puerta Otomana. Era el *statu quo*, atemperado por algunas ventajas casi imperceptibles en provecho de los católicos. Los embajadores de Francia y Rusia aprobaron los firmanes, que fueron revestidos, el 4 de mayo, de la sanción del sultán. La cuestión de los Santos Lugares quedaba definitivamente arreglada.

Los Santos Lugares no eran más que un pretexto. Hacía tiempo que se sospechaba; al día siguiente se tuvo de ello la certeza. El 5 de mayo recibióse en la Puerta una nueva nota de Menschikof. Acompañaba la nota un proyecto de tratado que el sultán era invitado á firmar. En virtud de este tratado, concebido en el espíritu de la nota de 19 de abril, el gobierno otomano se comprometía con el zar á respetar para siempre los antiguos privilegios de los cristianos griegos. Esta vez Menschikof presentaba la voluntad de su gobierno en forma de *ultimátum*. Se le concedía al sultán un plazo de cinco días para adherirse al convenio. Menschikof, como para hacer más amenazadora su intimación, se cuidaba de añadir que una mayor tardanza «le impondría las más sensibles obligaciones.»

La crisis había llegado al período agudo. Por asustados que estuviesen, los turcos habían conservado bastante sangre fría para comprender que se trataba de su independencia. O el convenio propuesto no significaba nada, ó confería al zar el derecho de cuidar de su ejecución, es decir, de intervenir á cada momento en los asuntos de la Puerta y de suscitar las querrelas en el punto y hora que más le conviniera. Los miembros del cuerpo diplomático fueron á ver al gran visir, que se encontraba entonces en su casa de campo á orillas del Bósforo, y le hallaron conferenciando con el ministro de Negocios extranjeros y el serasquier (general del ejército). Todos estaban resueltos á la resistencia. El 8 de mayo, Stratford se avisó con Menschikof, esperando aplacarlo. Sus esfuerzos fueron inútiles. El príncipe no disimulaba que las instrucciones de San Petersburgo le prescribían que obrase con actividad, y afectaban gran sorpresa por la emoción que sus proposiciones habían causado. «¿No está Rusia en el derecho de estipular en favor de los cristianos griegos, decía, del mismo modo que lo han hecho Francia y Austria en favor de los católicos de Oriente?» En vano se le objetaba que los católicos eran unos cuantos miles, dispersos por todo el Imperio turco, y que la mayor parte de ellos ni siquiera eran súbditos de la Puerta, mientras que los griegos, en número de once millones, formaban un vasto Estado dentro del Estado; Menschikof fingía no comprenderlo y repetía hasta la saciedad el mismo argumento. Llegó el 10 de mayo, día en que expiraba el plazo señalado por el *ultimátum* ruso. La contestación de Rifaat Pachá fué tal como se suponía. El ministro tur-

co prodigaba al gobierno del zar las mayores protestas de amistad. En nombre del sultán, ofrecía á Rusia toda clase de ventajas; edificaríanse en Jerusalén un hospicio y una iglesia rusos, y las antiguas inmunidades de los cristianos griegos serían solemnemente confirmadas. Pero lo que el gobierno otomano estaba dispuesto á conceder por un acto espontáneo, no lo consignaría en ningún contrato bilateral. Ni las reglas del derecho internacional ni el principio de la independencia de los Estados permitían semejante concesión. Así se expresaba Rifaat-bajá. Este lenguaje, suavizado con todos los eufemismos diplomáticos, contrastaba con el tono imperioso del plenipotenciario ruso. Pero no dejaba de ser una negativa.

Creíase que Menschikof se embarcaría inmediatamente para Odesa; pero se detuvo á orillas del Bósforo, en Buyukderé, donde se encontraba el palacio de verano de la embajada rusa. Esperando que la obstinación turca acabaría por ceder, envió el 11 de mayo á Rifaat-bajá un nuevo despacho, ó mejor dicho, un nuevo *ultimátum*, consintiendo esperar hasta el 14 una contestación más favorable. Hizo más, apeló á una suprema tentativa de intimidación, no ya sobre los ministros, sino sobre el propio soberano. En la mañana del 13 de mayo, de improviso y contra todas las leyes de la etiqueta, presentóse en el palacio del sultán y solicitó de él una audiencia inmediata. Este acababa de perder á su madre, y dispuso que sus consejeros recibieran al embajador. Aquel paso tan audaz é insólito aumentó la inquietud de los turcos. Fuese por espanto ó fuese por altivez herida, los ministros presentaron su dimisión, y Reschid-bajá substituyó á Rifaat. El primer acto del nuevo ministro de Negocios extranjeros fué reclamar de Menschikof un plazo de algunos días, alegando ignorar las negociaciones entabladas. El príncipe contestó que la negociación oficial quedaba terminada, pero que consentía en aplazar su marcha. Seguía esperando que la resistencia de los turcos sería pasajera y que un acto de debilidad haría que se le entregasen á discreción. El 18 de mayo, celebróse un grande y solemne consejo en la Sublime Puerta. El proyecto de tratado fué discutido y por 42 votos sobre 44 juzgado inaceptable. No hubo necesidad de notificar la decisión. En el momento en que los miembros del consejo se retiraban, un aviso de Menschikof anunció la ruptura definitiva. Durante los dos días siguientes observáronse aún algunas idas y venidas entre el Diván y el palacio de Buyukderé. El señor de Kleizl, representante de Austria, el hijo de Reschid y algunos otros intermediarios ociosos trataron de interponerse. De sus tentativas *in extremis* surgió una combinación postrera; redactóse una nota que había de ser sometida á la firma del sultán y con la cual decía que el zar se daría por satisfecho. Esta nota no era más que el convenio ya propuesto y negado, y los turcos, persistiendo en sus resoluciones viriles, rechazaron la nota como habían rechazado el convenio. No le quedaba á Menschikof ninguna esperanza de éxito. El 22 de mayo se embarcó para Odesa. El mismo día la bandera con el escudo de Rusia desapareció de la embajada moscovita. El señor de Ozerof se disponía también á salir de Constantinopla con todo su personal y hasta con los archivos de la legación.